

DE LOS FENÓMENOS DE SINCRONICIDAD Y LAS SIMETRÍAS FUNDAMENTALES*

TULIO MARULANDA MEJÍA**

Recibido: 17 de marzo de 2008

Aprobado: 20 de mayo de 2008

RESUMEN

Para los pueblos de la antigüedad no había ninguna dificultad en comprender el mundo en función de interconexiones no causales entre sucesos individuales disímiles. El conocimiento científico llevó a que el lugar de las afinidades y de las relaciones misteriosas entre los eventos fuese sustituido por la causalidad. Más recientemente, la teoría cuántica y la relatividad revolucionaron este universo newtoniano permitiendo una nueva visión del mundo en la que se revela la indivisibilidad esencial de la naturaleza. En las experiencias con yagé, frecuentemente se presentan fenómenos que sólo podrían entenderse si se recurre a modelos de explicación no causal como los comprendidos en el concepto junguiano de “sincronicidad”.

Palabras clave: enteógenos, Jung, sincronicidad, yagé.

ON SYNCHRONICITY PHENOMENA AND FUNDAMENTAL SYMMETRIES

ABSTRACT

For ancient societies there wasn't any difficulty in understanding the world in regards to non-causal interconnections between individual and dissimile events. Scientific knowledge led to the substitution of affinities and mysterious relations between

* Este capítulo hace parte de un trabajo (en ocho capítulos) realizado con un grupo de profesores y estudiantes universitarios, aquí referidos como la “unidad de trabajo”, consumidores urbanos de yagé, de quienes se obtuvieron los relatos y entrevistas de las que se citan aquí algunas experiencias, con base en las cuales se hacen estos análisis que tratan de darles un soporte teórico.

** Médico. Mg. en Desarrollo Humano. Grupo de Investigación Cultura y Droga. Profesor de la Maestría Culturas y Droga. Universidad de Caldas. Correo Electrónico: tulmarul@yahoo.ca

events by causality. Recently, the quantum theory and relativity revolutionized this Newtonian universe, allowing a new vision of the world, which reveals an essential individuality of nature. Yagé experiences frequently create phenomena that could only be understood if non-causal explanation models are used, such as those included in the Jungian concept of “synchronicity”.

Key words: enteogens, Carl Jung, synchronicity, yagé.

“Con la sincronicidad como punto de partida, es posible empezar la construcción de un puente que atraviesa los mundos de la mente y la materia, de la física y la psique”. (Peat, 1987: 11).

Para los pueblos de la antigüedad no había ninguna dificultad en comprender el mundo en función de interconexiones no causales entre sucesos individuales disímiles. Consideraban ellos la existencia de afinidades entre cosas, aparentemente distintas, que actuaban en el cuerpo, el alma y el mundo exterior. Por considerar la naturaleza como un solo organismo gigantesco del que cada persona hacía parte y en el que tenía su propio lugar, “el convertirse en una parte de esta armonía del universo era la clave para la acción correcta y engendraba una forma de conocimiento que nunca estaba separada de los valores y creencias subjetivos” (Peat, 1987: 11).

Tenía pues el hombre una concepción vitalista¹ del universo al que concebían como una totalidad en flujo y movimiento perpetuo, totalidad que asumía “como una estructura orgánica (organismo), donde cada entidad ocupa el lugar que le corresponde” (Andrade, 2000: 18).

El conocimiento científico del mundo y las explicaciones y predicciones que sobre el funcionamiento de toda la materia terrestre y de la mecánica celeste hizo posibles la ley de la gravitación universal de Newton, llevaron a que el lugar de las afinidades y de las relaciones misteriosas entre los eventos fuese sustituido de manera inevitable

¹ Este trabajo, como quedará claro más adelante, se inscribe en una perspectiva vitalista porque, si bien es cierto, este estudio podría perfectamente enfocarse desde una mirada mecanicista reduccionista (con la ayuda de las neurociencias y la farmacología) centrando la atención sobre los efectos que en las percepciones, el curso del pensamiento y las emociones producen estas moléculas químicas (enteógenos) plenamente identificadas, cuyos mecanismos de acción en el cerebro bien se conocen, interesa más ahora aquella mirada, que es complementaria de ésta y nunca excluyente ni exclusiva.

por la causalidad, hasta el punto de llevar al hombre a creer, a fines del siglo XIX, que la física estaba llegando a su fin, pues en breve “todo fenómeno se podría explicar en términos de un puñado de leyes físicas” (Peat, 1987: 12). Para entonces, el prestigioso físico Kelvin pensaba que era posible una explicación total del universo en términos de la causalidad, apoyado en una concepción objetiva del espacio y el tiempo; esto es, un modelo mecánico de explicación, basado en unas leyes fundamentales que dominarían las regularidades del cosmos.

En este universo mecanicista “circunscrito a un concepto de causalidad unidireccional y determinista, explicable en términos de las causas materiales y eficientes” de las cosas (Andrade, 2000: 18), ninguna cabida podía tener la subjetividad, ni la significación, ni cualquier otra experiencia interior del observador. Sin embargo, en los tiempos sobrevinientes, la teoría cuántica y la relatividad revolucionaron este universo newtoniano permitiendo una nueva visión del mundo en la que no sólo se revela la indivisibilidad esencial de la naturaleza, sino que, además, se enfatiza el hecho de que el observador interviene en el sistema que observa:

Teníamos una antigua idea de que había un universo allí fuera, y aquí está el hombre, el observador, protegido seguramente del universo por una plancha de vidrio cilíndrico de seis pulgadas. Ahora aprendemos del mundo cuántico que, incluso para observar un objeto minúsculo como el electrón, tenemos que romper ese vidrio, tenemos que llegar hasta adentro... De modo que la antigua palabra *observador* simplemente tiene que ser eliminada de los libros y debe ser sustituida con la nueva palabra *participante*. De este modo hemos llegado a darnos cuenta que el universo es un universo de participación. (Wheeler, 1979).

Con el advenimiento de la relatividad y la física cuántica, su concepción de un tiempo y espacio relativos y con la introducción del indeterminismo en el mundo subatómico, se vino a revolucionar el esquema mecanicista y llegamos a darnos cuenta, con Neils Bohr, de la existencia de un universo en el que la figura del “observador imparcial” es sustituida por la del “participante”, que influye en los fenómenos naturales (según el principio de Heisenberg). “Por ello, la física moderna ha convertido en inseparables la figura del científico y de su ciencia. La física y el físico ya no son separables.” (El Foro, 2000).

David Bohm, reconocido especialista en mecánica cuántica, en su libro *La interpretación causal de la teoría cuántica*, sostuvo ya desde 1957 que la visión de la causalidad es demasiado limitada, pues estamos habituados a pensar que un efecto tiene una sola o muy pocas causas cuando en realidad “la causa de cualquier cosa es todo lo demás”. Si bien para fines prácticos muchas causas son prescindibles y se pueden pasar por alto, lo que pensaba Bohm es que no se había reflexionado bastante sobre las implicaciones del hecho de que el universo en cuanto totalidad es una red o causa móvil (Briggs & Peat, 1996: 223). Por eso, como bien dicen Watts et al.: “Lo que estaría más cerca de la ciencia del siglo XXI sería una imagen *orgánica* del mundo, el mundo como un cuerpo, como un vasto patrón de energía inteligente que tiene una nueva relación con nosotros (...)”. (1997: 24). Para Watts, no estamos en el mundo: ¡somos él!

Sin embargo, como lo anota Andrade: “Las teorías más recientes sobre los fenómenos de la vida se siguen polarizando entre (aquellos) dos extremos tradicionalmente irreconciliables” (2000: 17). La forma de pensar del hombre occidental contemporáneo sigue estando fuertemente influida por la concepción de aquel universo mecanicista en el que el tiempo es exterior a nuestras vidas, la causalidad gobierna todas las acciones de la naturaleza y nuestra noción del mundo está circunscrita a la visión de las cosas como una realidad objetiva, externa e independiente de nosotros mismos. Esta visión del mundo, heredada de aquellos modelos de la física newtoniana, “todavía ejerce un profundo efecto sobre nuestra vida, penetra en nuestras actitudes hacia la sociedad, el gobierno y las relaciones humanas y sugiere que cada situación se puede analizar como un problema aislado con una solución o método de control correspondiente” (Peat, 1987).

Tal vez por esto algunos filósofos hacen ver el trabajo que cuesta conjugar la representación que de nosotros mismos tenemos, dictada por el sentido común, con la concepción mecanicista reduccionista que tenemos del mundo:

Nos pensamos a nosotros mismos como agentes conscientes, libres, cuidadosos, racionales en un mundo del que la ciencia nos dice que consta enteramente de partículas físicas carentes de mente y de significados. Ahora bien. ¿Cómo podemos conjugar esas dos concepciones? ¿Cómo puede ser el caso de que el mundo contenga otra cosa que partículas físicas inconscientes

y que, con todo, contenga también consciencia? ¿Cómo puede un universo mecánico contener seres humanos intencionales, esto es, seres humanos que pueden representarse el mundo a sí mismos? ¿Cómo puede un mundo esencialmente carente de significado, contener significados? (Searle, 2001: 17).

Al hombre contemporáneo, enajenado de la experiencia directa e imbuido de esta concepción mecanicista del universo, le cuesta trabajo aceptar que pueda existir algún otro tipo de relación entre sucesos, hechos o fenómenos que se presentan de una manera aparentemente coincidente, es decir, sin una relación causal. Ajeno ya a las concepciones vitalistas se resiste a entender la causalidad “como una relación compleja que incluye, además de las causas material y eficiente, las otras dos causas aristotélicas: formal y final”; le cuesta aceptar la existencia de un plan de organización (causa formal) y de un motivo o razón por la cual es necesario que una entidad emerja (causa final). (Andrade, 2000: 17-20).

Según David Bohm y su teoría del orden implicado, el orden en la naturaleza no puede presentarse ante nosotros de manera íntegra y total: sólo puede manifestarse algún aspecto de él. Lo que a nosotros se nos hace manifiesto es tan sólo una representación mental, producto de la experiencia obtenida a partir de una percepción limitada por nuestros sentidos, que no puede significar en modo alguno, que la totalidad del orden se nos esté manifestando. Mientras que en la visión cartesiana el orden se manifiesta totalmente, en “el orden implicado” este orden natural aparece sólo de una manera potencial, casi velada. Para Bohm, “múltiples fenómenos físicos serían solo como un ‘desplegarse’ parcial de ese orden implicado al que no se le conoce sino indirectamente” (Spicasc, 2003).

Debemos pues aceptar que, desde el punto de vista mecanicista, nos es imposible tener una comprensión de ciertos fenómenos –como aquellos observados en las experiencias enteogénicas o psiquedélicas–, así como también se nos limita la posibilidad de dar repuesta a preguntas, como las que arriba se plantea Searle, que tienen que ver con asuntos tan complejos como la relación entre mente y materia, subjetividad y objetividad, física y psicología.

Por ello, vamos a hacer uso de los conceptos comprendidos en el campo de lo que se conoce como sincronía o sincronidad, habida cuenta de que estos fenómenos

se presentan como la mediación o puente entre mente y materia, el mundo de la objetividad y de la subjetividad, la física y la psicología y, para muchos, proporcionan un modelo de explicación no causal en asuntos tan difíciles de comprender como las técnicas adivinatorias e intuitivas, las premoniciones y otros sucesos difíciles de explicar por la mera coincidencia. De hecho, se suele recurrir a la hipótesis de la existencia de conexiones acausales entre sucesos, cuando la similitud entre ellos existe pero el nexo no se conoce; aunque, desde luego, el no ver este nexo o desconocer su existencia y naturaleza, no implica en modo alguno su inexistencia.

Detrás de estos planteamientos subyace pues una concepción vitalista o si se quiere “cosmista” en la que prevalece la idea de una “danza que conecta todas las cosas” de un modo no causal. Esta interpretación sincronística de la naturaleza y la psique, en fin, pretendería superar el modelo mecánico propio de la ciencia causalista-newtoniana (El Foro, 2000).

Jung fue quizás uno de los autores contemporáneos que más ejemplos aportó de aquello que él mismo llamó sincronicidad y definió como “la coincidencia en el tiempo de dos o más sucesos no relacionados causalmente, que tienen el mismo significado o un significado parecido” (Peat, 1987), y que el diccionario de símbolos define como “una coincidencia significativa o patrones de causalidad relacionados significativamente” (Chetwynd, 1982). Pese a que largas investigaciones sobre este tipo de fenómenos –como las del biólogo austriaco Paul Kammerer, que registró cientos de estos tipos de coincidencias– han permitido concluir que estos sucesos van más allá de la mera causalidad y señalan la existencia de un principio universal, en la medida en que la tendencia a agruparse de sucesos fortuitos o causalmente inconexos (pero significativamente relacionados) denota alguna forma o patrón global que los conecta, nuestro sentido común se resiste a creer que pueda existir “una armonía, un mosaico fundamental de la naturaleza, un cordón umbilical que conecta el pensamiento, los sentimientos, la ciencia y el arte con la matriz del universo que los originó” (Kammerer, 1987).

Jung denominó a estas conexiones de hechos, aparentemente sin relación, “paralelismos acausales”, y él mismo confiesa que necesitó mucho valor para abordar este tema, pues se necesitaba para ello romper con moldes de pensamiento ya solidificados desde hacía siglos (Spicas, 2003). Ejemplos muy conocidos de sincronicidad citados por el mismo Jung y que aquí resumiremos, son los siguientes:

- Una paciente cuyo excesivo racionalismo le impedía una mejoría terapéutica, le estaba refiriendo haber soñado con un escarabajo de oro, símbolo al que Jung daba gran importancia por ser el antiguo símbolo del renacimiento iniciático en la mitología egipcia; en ese preciso momento siente un golpe en la ventana, la abre y ve con asombro que entra un *Cetonia aureate* –un escarabajo amarillo verdoso muy raro en Europa–, como si en ese momento la formación de patrones inconscientes fuera acompañada de patrones físicos exteriores. A partir de entonces esta paciente mostró un innegable progreso en su terapia.
- Un cierto M. Deschamps recibió en Orleans de niño como obsequio de un tal M. De Fontgibu un trozo de plum-pudding. Diez años más tarde en un restaurante de París vio un plum-pudding y lo pidió, pero la última porción había sido reservada por M. De Fontgibu (a quien descubrió en otra mesa). Pasaron muchos años y M. Deschamps fue invitado a una reunión social donde se serviría como especialidad rara plum-pudding; mientras lo saboreaba, M. Deschamps pensaba para sus adentros que sólo faltaba M. De Fontgibu; en ese instante un anciano vacilante entró al salón: era M. De Fontgibu que, totalmente arterioesclerótico, se había confundido de dirección entrando al salón de la reunión.

Para Spicas (2003), atribuir tales hechos al mero azar resulta por lo menos temerario: “Sería más probable y razonable querer escribir el Quijote o la Divina Comedia revolviendo una sopa de letras”. Existiría entonces, además de un orden causal, otro orden acausal paralelo o conexión transversal significativa o sincronidad en la que se consideraría, no la mera coincidencia en el tiempo de dos sucesos, sino también la simultaneidad de un estado psíquico con los acontecimientos externos. Para Jung la esencia de la sincronidad reside, ante todo, en esa carga psíquica emotiva. Y aunque no todos están de acuerdo, para muchos seguidores de Jung los casos de premonición y otros que no necesariamente ocurren de una manera sincrónica en el tiempo, también se consideran como experiencias sincrónicas por cuanto tienen un nexo no causal.

Las sincronías pues, no son sucesos seriales, no surgen de la acumulación estadística de hechos corrientes; son “conexiones acausales” que tienen lugar por medio del significado que revisten para el sujeto que las experimenta (Spicasc, 2003). Puesto

que no todo agrupamiento o secuencia de eventos que ocurren coincidentemente sugiere una afinidad fundamental y bien pueden atribuirse al azar, fue el mismo Jung quien tuvo la tarea de “demostrar que el significado inherente es lo que realmente diferencia una sincronicidad de una mera coincidencia”, pues “la esencia de una sincronicidad es que un patrón determinado tiene un significado o valor para la persona que lo experimenta”.

Para que Jung pudiese llegar a proponer la existencia de un principio conector acausal, que explicase la existencia de las sincronicidades, hubo de conocer al físico vienés Wolfgang Pauli quien, como alumno de Neils Bohr, compañero de Heisenber y con su aguda inteligencia, no sólo pudo lograr una profunda penetración en la física cuántica sino que con su “principio de exclusión” aportó a la física el descubrimiento de un patrón abstracto que se oculta debajo de la superficie de la materia atómica, que determina su comportamiento de una manera acausal. O dicho de otra manera, el descubrimiento por parte de Pauli de este principio de exclusión, añadido a la mecánica cuántica, permitió reconocer un patrón, por debajo de la superficie atómica de la materia, que lleva a entender la sincronicidad como un “principio conector acausal” que realiza la unión entre la psicología y la física. El principio de exclusión de Pauli, en fin, creó “un paralelo con el principio de sincronicidad” (Peat, 1987: 27-28).

El resultado de esta nueva concepción de la naturaleza lo expresó Jung a través del esquema: Espacio, Causalidad-Sincronicidad, Tiempo; y Pauli lo rectificó de la siguiente manera: Energía Indestructible, Conexión causal constante-Conexión inestable sincrónica, Continuum espacio-tiempo (El Foro, 2000). De este modo se pudo llegar a la comprensión de que “la sincronicidad se origina de los patrones fundamentales del universo”.

Pauli, quien por sus múltiples problemas de personalidad fue atendido en la consulta de Jung, comunicó a éste más de mil sueños e impresiones visuales que permitieron revelar que su inconciente “estaba lleno hasta los topes de material arcaico”. De entre estos sueños, el del “reloj mundial” hizo ver a Pauli, en contenidos geométricos y numéricos, una “imagen de la armonía más sublime” que, al decir de Jung, le permitió representarse un modelo del universo en sí y del espacio tiempo, así como la percepción de una profunda simetría interior en su mente, lo que produjo en él “lo que llamaríamos una conversión” o su renacimiento como “una persona perfectamente normal y razonable... completamente adaptada” (Jung, 1968).

Desde entonces, Pauli siguió toda su vida ocupándose del asunto de la armonía y la simetría interiores:

El concepto de las simetrías en la naturaleza y en la psique siguió preocupando al físico durante el resto de su vida. Los resultados confirmaron los descubrimientos de Jung sobre lo que él llamaba los *arquetipos*, las fuerzas y mosaicos dinámicos de energía dentro del inconciente colectivo que se nos revelan simbólicamente a través de los sueños, fantasías, obras de arte y mitos. (Peat, 1987: 32).

Gracias a Pauli, Jung fue capaz de cristalizar aún más sus ideas; en 1952 los dos hombres publicaron juntos *The Interpretation and Nature of the Psyche*. Su relación permitió avanzar en la comprensión de que la causalidad y la sincronicidad no son contradictorias, sino percepciones complementarias de una misma realidad fundamental que nos permiten combinar lo objetivo y lo subjetivo y construir un puente entre la mente y la materia:

En otras palabras, todo lo que sucede en el universo es causado, de hecho, por todo lo demás. Se podría considerar que la totalidad del universo se revela o se expresa en sus acontecimientos individuales. (...) La matemática no lineal sugiere que el universo parece ser un solo conjunto indiviso cuyos patrones y forma surgen de una base, se sostienen durante algún tiempo y luego mueren en ese fundamento. (...) Este planteamiento puede eventualmente acomodarse a la mente, pues también se puede considerar que la conciencia se origina en un fundamento más profundo que es común a la materia y a la mente. (Peat, 1987: 72-93).

La relación, pues, entre el alma (psique) y el cuerpo, debe entenderse más como una relación sincrónica que como una relación causal. Jung pone como ejemplo el caso de percepciones extrasensoriales, en las cuales no es posible una explicación por medio del cerebro; pero también los sueños, las premoniciones y adivinaciones, los oráculos y otros fenómenos llamados paranormales podrían ser considerados de esta misma naturaleza, pues en suma, lo que la sincronicidad propone es “tender un

punto entre la objetividad y la subjetividad, correspondiéndose (sin negarlo) con un orden causal del mundo” (El Foro, 2000).

Es en este contexto y sobre este trasfondo de un universo indiviso –base común de todos los fenómenos– y de una conciencia con un fundamento común de mente y materia, hemos de abordar el análisis de algunas experiencias producidas por los enteógenos, sustancias químicas que, desde esta perspectiva, catalizarían la emergencia de contenidos psíquicos profundos y la manifestación de expresiones de esa unión o indivisibilidad entre mente y cerebro, mente y materia. Y por esto, el concepto de arquetipo, como hemos visto en otro capítulo, es un elemento fundamental para la comprensión de las experiencias enteogénicas, consignadas en los relatos y entrevistas que dan origen a este trabajo: “Las coincidencias significativas poseen un fundamento arquetípico; no son por tanto meros agrupamientos del azar” (El Foro, 2000).

No de otra manera entonces, sino como fenómenos de sincronicidad, se podrían interpretar estas experiencias, de gran significación, relatadas por los sujetos de la unidad de trabajo:

- “En la primera toma fue un viaje donde volé todo el tiempo, y pues yo pregunté por toda mi familia y estuve con todos, pues, en ese momento. Y yo al otro día les pregunté y claro, estuve con todos allá. Por ejemplo, mi mamá estaba en Neira con mi hija y yo fui hasta allá y las vi... ¡Yo no lo podía creer! Mi hermano estaba en una rumba y yo como que lo podía tocar, al fin pues como que no alcancé, pero lo vi y a mi hermanita, a todos los vi. Pero, lo más especial es que vi a mi sobrinita, que vivía en Estados Unidos y estaba llorando en el cuarto de ella. Y entonces el yagé me empezó a decir un resto de cosas para decirle a mi hermano, el papá de la niña, y yo al otro día lo primero que hice, llegué a mi casa y le marqué, y le conté todo, pero le dije que había ido hasta allá, hasta donde ellos. Y me dijo: ‘No mona, pues vos sabes que yo no creo mucho en eso, pero mirá que el cuarto de Daniela sí es así’. ¡Y yo no lo podía creer!”
- “Es que cuando yo me fui a tomar yagé al Putumayo, yo tuve una visión como de un campo de trigo –nunca he visto un campo de trigo– con una llovizna y dos personas en el campo, dos personas. Cuando regresé, empezamos a ver unas fotos y vi unas fotos que son exactamente lo que yo vi”.

- “Hugo y Pepe empiezan hablar y esas voces entraban en mí como notas musicales, inicialmente, pero luego esas notas eran como filos, dolía; luego Pepe no sé si lo dijo verbalmente o mentalmente: ¿Por qué yo no salía a vomitar? Dijo: ‘Yo sé como la voy a incomodar para que salga’. Acto seguido empieza a fumar; el olor a cigarrillo me corta, me duele, sentí ira porque penetró a mi territorio y me salí. En la experiencia colectiva logré observar cómo las personas eliminaban a través del vómito cosas (animales, plantas) muy horribles. Observé cómo al lado de Pepe había un señor alto, moreno, macizo con una camisa de color amarillo quemado y pantalón café claro; este señor lo instruye en la lectura del tabaco; es una persona oscura poco recomendable”.

(Es de resaltar aquí que mientras el que vomita ve que en el vómito expulsa animales, el otro está viendo cómo el que vomita expulsa animales en el vómito.)

- “La gente piensa lo que uno dice y los otros piensan lo que los otros dicen y es uno, o sea, las ideas están como ahí en conjunción”.
- “Tuve entonces unas imágenes muy claras de mi amiga con la que quería encontrarme, pues la vi a ella como estaba; y efectivamente a los dos días hablé con ella y sí, muchas de las cosas coincidían, como la percibí yo esa noche, como ella estaba en ese momento”.
- “Y estas cosas me pasaron con una compañera del trabajo que no es mucho de mi agrado. Se me empezó a presentar un color que me empezó a hablar, el color violeta, el color como morado. Me dijo: ‘Bueno, es que usted, pues volvemos a lo mismo, si está en la dirección tiene que aprender el proceso del juego de poderes y usted está con esta niña porque usted se parece a ella’. Casi me da un ataque; entonces empezó como a ejemplificarme: ‘Pues mire el miércoles que estaban vestidas las dos de rojo (qué coincidencia) y hoy estaban las dos de negro y muy parecidas, de manga sisa, con blusita así vaporosa; eso puede ser que las esté uniendo algo. Además, ella es muy explosiva, usted también es explosiva, a ella le gusta el poder, a usted le gusta, o en algún momento le gustó. Entonces, mire a ver y trate de entender la situación, eso es para que usted acabe como de sanar las cosas”.

- “Me veía a mi diez años después, eso era impresionante”.
- “Sentí y vi que cada uno de los que estábamos en la sala, nos mecíamos en hamacas individuales, pero posteriormente sentí y vi que todos estábamos en la misma hamaca; después empecé a percibir los momentos de las personas que estaban a mi alrededor; mientras, sentía cosas mías y de las personas; yo los sentí a todos de una manera intensa”.

Experiencias similares, producidas por enteógenos, son relatadas por diferentes autores, pero de entre todas ellas vale la pena rescatar aquí la de María Sabina, famosísima curandera mazateca, conocida por Wasson en 1955:

Ves también el pasado y el futuro, que están ahí juntos como si fueran una sola cosa, que ya ha sucedido. Vi toda la vida de mi hijo Aurelio y su muerte y el rostro y el nombre del hombre que iba a matarlo y el cuchillo con que lo mataría (mucho después), pues todo ya se había cumplido. (En la visión) el asesinato ya se había producido y yo no podía decir a mi hijo que tuviera cuidado, puesto que nada se podía decir. Lo matarían y así fue. (Rugdley, 1999: 267).

Con base en estos relatos se podría pensar que en el inconsciente existe una suerte de saber *a priori*, una “existencia inmediata de acontecimientos” que carece de todo fundamento causal. Así las cosas, la sincronía consistiría en la confluencia de dos fenómenos: el de una imagen inconsciente que entra en la consciencia y el de una situación objetiva que coincide de una manera real o significativa con esa imagen. Podríamos entonces, en la perspectiva propuesta de buscar los elementos de la experiencia enteogénica que contribuyen a una resignificación de la identidad, terminar este capítulo con la siguiente cita, bien pertinente:

Las sincronidades toman la forma de patrones que surgen casualmente de un fundamento general casual y contingente y poseen un profundo significado para la persona que las experimenta. (...) Actúan como espejo de los procesos internos de la mente y toman la forma de manifestaciones exteriores de transformaciones interiores. (...) Se podría interpretar que

contienen las semillas del crecimiento futuro (...) e implican el desplegamiento significativo de la potencialidad. (Peat, 1987: 19, 36, 99).

Pero bien cabe aquí, en el marco de estos análisis, una reflexión final: Para Ira Progoff (Watts, 1997: 168) la dicotomía entre un nivel superficial de la psique (la consciencia) y un nivel profundo (el inconsciente) es artificial y restrictiva y ya no se puede sostener: “Es preciso un sistema unitario de concebir la psique, de modo que dispongamos de una vía abierta y flexible para representar el movimiento continuo que tiene lugar en nuestro interior”. La psique, para él, tiene una unidad *orgánica* y en ella se dan unos procesos continuos de crecimiento que, cual semilla, contienen las posibilidades de desarrollo de la especie y del individuo; y el inconsciente es “el portador de aquellas experiencias que todavía no han sucedido; (...) como la simiente de la personalidad encierra las posibilidades de las futuras experiencias. Es inconsciente porque todavía no se ha vivido específicamente”.

En esta perspectiva y con base en los fenómenos observados, se podría pensar que los enteógenos vienen a ser los catalizadores, de esa vía abierta y flexible, que aceleran el movimiento continuo de los procesos de crecimiento de la psique y por ello facilitan la irrupción o emergencia de aquellas experiencias que todavía no han sucedido pero que encierran esas posibilidades de las futuras experiencias. Dicho de otro modo, pero todavía parodiando a Progoff, los enteógenos permitirían, en suma, vivenciar contenidos del inconsciente que todavía no se han vivido específicamente.

Y ello sería así, quizás, porque el efecto estimulante, la mayor actividad que sobre el cerebro imprimirían estas moléculas químicas que guardan una similitud asombrosa con los propios neurotransmisores cerebrales, haría manifiesto que “también podría ser verdad que bajo el nivel del inconsciente colectivo no exista simplemente «materia de la mente» sino algo que va más allá de la mente, tal vez un ordenamiento dinámico fundamental” (Peat, 1987: 123).

BIBLIOGRAFÍA

- Andrade, L. E. (2000). *Los demonios de Darwin*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Briggs, J. P., Peat, F. D. (1996). *A través del maravilloso espejo del universo*. Barcelona: Gedisa.

- Chetwynd, T. (1982). "A Dictionary of Symbols". Nueva York: Granada Publishers.
En: Peat, D. F. (1987). *Sincronicidad*. Barcelona: Kairós. p. 9.
- El Foro. (2000). APA style electronic formats. [Online]. <<http://www.Geocities.com/elforo/sincro> [2000, marzo 3].
- Jung, C. G. (1968). "Analytical Psychology: Its Theory and Practice". Nueva York: Random House, Vintage Books. En: Peat, D. F. (1987). *Sincronicidad*. Barcelona: Kairós. p. 28.
- Kammerer, P. (1987). "Las raíces del azar". Barcelona: Kairós. En: Peat, D. F. (1987). *Sincronicidad*. Barcelona: Kairós. p. 18.
- Peat, D. F. (1987). *Sincronicidad*. Barcelona: Kairós.
- Rugdley, R. (1999). *Enciclopedia de las sustancias psicoactivas*. Barcelona: Paidós.
- Searle, J. (2001). *Mentes, cerebros y ciencia*. Madrid: Cátedra.
- Spicasc. (2003). Correspondencia analógica y sincronicidad. *Médium Ceeli* No. 9.
APA style electronic formats. [Online]. www.astro.com/astrologia/in.
- Watts, A., Campbell, J., Proffoff, Ira., May, R., Wilder, A., Miller, D. L. et. al. (1997). *Mitos, sueños y religión*. Barcelona: Kairós.
- Wheeler, J. A. en Paul Buckley & F. David Peat (1979). *A Question of Physics*.